

un desarrollo de la religiosidad interior, y una advertencia o exhortación a identificarse con él.

La estructura de Sal 62 refleja igualmente que los motivos de habitar en el templo se usan como una categoría para describir el ser religioso (cfr. p. 258). Pero ahí el «yo», más que representar una figura ficticia de carácter literario, creada como una construcción teológico religiosa (cf. p. 259), hace referencia a la realidad normal, presentándose como testigo (*confessor*) que invita al pueblo a entrar en la sublime realidad de relación con Dios, simbolizada en el habitar en el templo (cfr. p. 260). El yo adquiere carácter paradigmático, y su testimonio (confesión) da fe de la experiencia de una intervención divina que le ha posibilitado su situación salvándole de los enemigos (cfr. 276).

El salmo 73, conectado a categorías sapienciales, pone el énfasis en el conflicto entre dos posibilidades —ser un animal o un hombre de conocimiento— que se presentaban a aquél que hace su confesión de estar ya con Dios (cfr. p. 274). Este salmo refleja así el camino hacia la confesión y la experiencia biográfica previa, y manifiesta una práctica religiosa unida a categorías de cambio y desarrollo interior (cfr. pp. 276-277).

Este acercamiento de Hauge a los salmos «yo» es ciertamente esclarecedor. Se apoya en la estructura de cada salmo y tiene en cuenta los elementos literarios que aparecen y la función que cada uno de éstos juega en el interior del salmo. Al mismo tiempo, no desconecta de la situación biográfica del orante, que queda iluminada por la comparación con lugares paralelos, y con descripciones de situaciones similares presentadas como modelo en los libros históricos: Moisés, el pueblo, Elías, el rey... Hauge pone de relieve la fuerza religiosa del lenguaje simbólico o metafórico empleado en esos salmos; pero, sobre todo, detecta, a partir de su estructura concreta, construida fundamentalmente en base a conceptos de localidad, experiencias biográficas de un «yo» que se propone, en el conjunto de estos salmos, como paradigma del hombre que ha pasado del sheol en el sentido de alejamiento de Dios, al templo en el sentido de comunión con el Dios vivo.

G. ARANDA

Norman WHYBRAY, *The Composition of the Book of Proverbs*, Journal for the Study of the Old Testament. Supplements Series 168, Sheffield Academic Press, Sheffield 1994, 173 pp., 14 x 22.

Whybray, uno de los autores actuales con más autoridad en el estudio de la literatura sapiencial del AT, analiza ahora el libro de los Prover-

bios tratando de descubrir el «proceso por el que material tan distinto fue reunido en un solo libro, y también de entender la estructura y el carácter del libro en su forma final». Estudia primero los distintos bloques literarios de Prov, intentando esclarecer la forma en que se ha llegado a su composición. El último capítulo aborda la redacción del conjunto de Prov.

En Prov 1-9 distingue varios estratos redaccionales: a) Diez instrucciones dirigidas por un padre a su hijo: dos de ellas mantienen su forma originaria (1, 8-19; 4, 20-27; las restantes (2, 1-22; 3, 1-12; 3, 21-35; 4, 1-9; 4, 10-19; 5, 1-23; 6, 20-35; 7, 1-27), han sufrido adiciones, pero puede percibirse el contenido originario que estaría en 2, 1-22; 2, 1; 9.16-19; 3, 1-2.3bc.4-10; 3, 31-24.27-31; 4, 1-4.5b; 4, 10.12.14-19; 5, 1-6.8; 6, 20-22.24-25; 7, 1-3.5.25-27). Estas instrucciones, según el autor, son probablemente de época preexílica, reflejan un contexto urbano y una clase social alta y, en conjunto, constituían una especie de compendio educacional. b) Las adiciones hechas a dichas instrucciones introducen referencias a la sabiduría personificada (4, 1ss; 4, 10ss; 7, 1ss) o a Yahveh (3, 1ss; 3, 21s; 5, 1ss), o a ambos a la vez (2, 1ss). Intentan reinterpretar las instrucciones en sentido teológico, pero no se han hecho de forma sistemática, sino a cada una por separado, antes de pasar al libro. c) Tres poemas a la sabiduría (3, 13-20; 1, 20-33; 8, 1-36) que existían previamente, cada uno con su propia historia de composición, y que en su forma actual han sido puestas como apéndices a las instrucciones. Pertenecen a la tradición contenida en algunas de las adiciones (2, 2-4; 3, 22; 4, 5-7; 4, 13), pero han seguido su propio desarrollo haciendo a la sabiduría dependiente de Yahweh (cf. 2, 2-8). No es posible determinar su contexto originario; pero se excluye que deriven de una hipotética diosa israelita. d) Las personificaciones de la sabiduría y la necedad en 9, 1-6 y 9, 13-18 respectivamente dependen de las referencias a la sabiduría y a la mujer adúltera en las instrucciones. El prólogo, por su parte (1, 1-7), que ya existía independientemente unido a alguna o algunas instrucciones (1, 1-4) se amplía con el v. 7; y lo mismo el cap. 9 con el v. 10. Estos versos, que identifican a la sabiduría con el temor del Señor, se insertan para crear un marco del conjunto de Prov 1-9, y hacer de estos capítulos una introducción amplia a todo el libro.

En las colecciones de Prov 10, 1-22, 16 y 25-29, Whybray analiza cómo los proverbios breves, originariamente provenientes quizá de un contexto rural, forman agrupaciones de varios tipos, en las que se les da una nueva interpretación, y son presentados como piezas didácticas para encauzar la vida de los jóvenes. Esas agrupaciones responden a distintas praxis editoriales, como el empleo de proverbios relativos a Yahweh, las abundantes referencias específicas a la educación de los hijos, o la misma forma

de paralelismo antitético sinonímico. En cuanto a los proverbios de Yahweh, en concreto, se ve que sirven para reinterpretar los de un grupo al «recordar que la vida humana está controlada y juzgada por Yahweh» (130). La unión de los cap. 10-15 y 16-22 puede haberse realizado sobre el eje de 15, 30 sobre el «temor del Señor», y la del cap. 25-27 sobre 25, 1 acerca de los hombres de Ezequías. En cualquier caso, es claro, según el autor, que todos esos capítulos son ahora literatura sapiencial, plenamente obra de escribas.

Acerca de Prov 22, 17-24, 34, Whybray, viendo que estos capítulos no dependen de la Instrucción de Amenemope aunque haya elementos comunes, los compara con Prov 1-9, y encuentra en ellos una instrucción bien organizada (22, 17-23, 11), seguida de dos apéndices (23, 12-24, 22 y 24, 23-34), colocadas aquí porque contienen material didáctico de carácter misceláneo. Igualmente misceláneo es el contenido de los cap. 30-31 en los que pueden distinguirse cuatro piezas bien diferenciadas (30, 1-14; 30, 15-33; 31, 1-9; 31, 10, 31); pero cuya integración se presenta diversamente en TM y LXX.

Whybray culmina sus análisis con un capítulo dedicado a la redacción del libro: las diversas secciones procedentes de distintos contextos sociales, han sido unidas para formar un compendio de educación tradicional. Además de la finalidad didáctica, tienen en común en buena parte temas como la importancia de adquirir sabiduría, el poder persuasivo de la palabra hablada, las figuras femeninas de la Sabiduría y la Necedad. Todo ello da a la obra una especie de unidad que no parece casual y que invita a buscar la interacción entre las diversas partes del libro. En este sentido, puede establecerse una correspondencia entre 1-9 y 31, 10-31 que formarían como el marco en el que se han introducido las otras secciones. De estas, las salomónicas (10, 1-22, 16 y 25-29) estarían formadas en la época de la monarquía, y es posible que fueran el núcleo del libro. Las agrupaciones de esa sección representan un fenómeno literario independiente del que utiliza instrucciones desarrollada como en 1-9. Ambos son dos géneros distintivos que están en uso en tiempos antiguos y recientes. Los títulos de las colecciones en el TM parece indicar que las instrucciones de procedencia no israelita se han dejado para el final del libro. En cualquier caso hubo, según Whybray, ediciones parciales antes de aquella en la que las colecciones ya existentes fueron reunidas en el marco constituido por 1-9 y 31, 10-31.

Las explicaciones que ofrece esta obra de Whybray sobre la composición del libro de los Proverbios van ciertamente apoyadas en detenidos y sutiles análisis literarios. Muestran en conjunto la unidad de Prov, no siem-

pre mantenida ni explicada por la investigación reciente. Esta es la importante aportación del estudio de Whybray, que muestra, al mismo tiempo, cómo la orientación yahwista impregna las recopilaciones más originarias. Sin embargo, el proceso concreto propuesto por Whybray, por el que llega a formarse cada unidad en sí misma, a base de diversas redacciones previas a la redacción final queda en el ámbito de la hipótesis. Las sucesivas etapas propuestas para la redacción de Prov 1-9, así como las agrupaciones en pares o en pequeños grupos de los proverbios breves, resultan en algunos casos un tanto forzadas e, incluso, innecesarias para explicar la redacción final del libro. Con todo, los análisis realizados sobre la terminología y la temática son de enorme utilidad para comprender el desarrollo del texto.

G. ARANDA

Domingo RAMOS-LISSÓN-Marcelo MERINO-Albert VICIANO (eds.), *El diálogo Fe-Cultura en la Antigüedad Cristiana*, Ediciones Eunete, Pamplona 1995, 313 pp., 15 x 23.

Entre los días 17 al 19 de noviembre de 1994, tuvo lugar un Simposio Internacional organizado por el Instituto de Historia de la Iglesia de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra con el título «El Diálogo Fe-Cultura en la Antigüedad Cristiana».

En el libro que comentamos en estas páginas, recientemente publicado por los profesores Domingo Ramos-Lisón, Marcelo Merino y Albert Viciano, se nos ofrecen las Actas de esta reunión científica, que congregó a más de un centenar de profesores y especialistas en ciencias de la Antigüedad.

La obra recoge un buen número de estudios, en los que desde diversos ángulos: filosófico, teológico, histórico-artístico, político y sociológico, especialistas de estos campos abordan tres áreas consideradas como las más relevantes en el mundo antiguo: el pensamiento, la comunicación y las instituciones. Sin embargo, en contra de lo que podría dar a entender la pluralidad de temas y enfoques a los que hemos aludido, el libro es algo más que una mera recopilación de trabajos sobre la Antigüedad.

Hay un hilo conductor de los diversos estudios que encontramos esbozado tanto en el telegrama que Juan Pablo II dirigió a los asistentes, como en la presentación de las Actas que hace el prof. Domingo Ramos-Lissón, y en las palabras de bienvenida del decano de la Facultad de Teología, prof. Pedro Rodríguez: el estudio del diálogo entre fe y cultura que